

simpático, había decorado la pared a su espalda con un montaje fotográfico del gran fresco de Diego Rivera en el Palacio de la Gobernación de Méjico, fresco en el que se relata la turbulenta historia de ese país. El embajador Calderón en un momento explicó el fresco: «Aquí están los indios, todos buenos, salvo la Malinche; allí los conquistadores todos malos, salvo Bernal Díaz del Castillo, el gran escritor (alguna vez le oí a don Miguel Angel Asturias elogiar “su prosa trotona”); por acá los buenos curas y los malos curas, más allá los buenos generales y los malos generales, etcétera, y allí al fondo el origen de la raza...» Era un español intentando violar a una india. Se me escapó este impertinente comentario; un estupro. Bueno dijo el embajador, una violación como tantas. Felizmente, el consejero económico de la Embajada, mi amigo Roberto Dávila, único economista que conozco que sea al mismo tiempo poeta, terció: lo cual prueba que España no es la madre sino el padre, ja, ja, ja, grandes risas, y el posible mal rato quedó evitado. Al día siguiente le ofrecí mis excusas al embajador Calderón, quien sabiamente me dijo: «Lo mejor es tomar las cosas como son, y esto vale para todos nosotros».

Así como no creo que los españoles se dedicaran sistemáticamente a la matanza de indios, tampoco creo violaran sistemáticamente a sus mujeres. No les hacía falta. Ellos gozaban de un «status» que les abría todas las resistencias a su deseo en los corazones y en los cuerpos. No vale mucho protestar contra el hecho, mejor es reconocerlo como lo hace Varallanos en su hermoso libro. Y me viene aquí en mente una de las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre:

*Si fuese en nuestro poder  
tornar la cara fermosa  
corporal  
como podemos facer  
el ánima gloriosa  
angelical,  
que diligencia tan viva  
tviéramos toda hora  
y tan puesta  
en componer la cativa,  
dejándonos la señora  
descompuesta.*

En esta copla Jorge Manrique alude quizá al desgaire a la vida erótica de su padre fuera del matrimonio, pero si se permite razonar a través de símbolos quizá la copla valga para España entera. Es decir, que todo país es, en cierto modo, un ser hermafrodita, macho y hembra a la vez, y a esto se debe que la pasen bien; pero en el caso de la conquista española de América la parte masculina de ese gran pueblo se dedicó, por decir, lo menos en exceso «a componer la cativa», es decir, la cautiva, la mala, quedándose lastimosamente la señora un tanto descompuesta.

Así los pueblos americanos somos hijos de una vigorosa unión que empezó quizá como una violación y se prolongó en un largo concubinato. Nosotros somos los hijos

naturales del entusiasmo de España por América. Somos sino acaso los hijos del amor, al menos de los de la pasión y el empecinamiento. Claro que surge la pregunta cómo fue la relación sexual de indias y españoles, cómo fue el juego erótico si lo hubo, en una relación tan desigual. Pero dejemos este terreno resbaloso. Una cosa es clara, si somos hijos de España, lo somos propiamente de la de entonces y no de la de hoy, que a su vez es hija de esa España ilustre en capitanes. Quiero decir que para nosotros la España de hoy es nuestro hermano, es el mayorazgo de la familia para usar una noción del derecho sucesorio español. Es el único hermano que puede quizá considerarse revestido de una impoluta legitimidad, en tanto que nosotros somos antes que hijos del derecho, hijos de la naturaleza y de la fuerza. Esto vale, por cierto, para toda conquista y en tal sentido quizá no sea novedad; pero estimo yo que es indispensable hacer una consideración de esta naturaleza para comprender a fondo la realidad del mestizaje peruano y de la América Latina en su conjunto.

\* \* \*

Lo dicho vale para acentuar los condicionantes biológicos de la cultura mestiza del Perú. Vale no sólo para el Perú, sino en general para todos los pueblos hispanoamericanos, aunque de variada manera. Entre los pueblos hispanoamericanos hay diferentes grados de mestizaje. El Perú es un caso en que este mestizaje, desde el punto de vista biológico, se inclina muy fuertemente al predominio del elemento indígena. Tal es un factor que no debemos dejar de tomar en cuenta, sin perjuicio de que las cosas se compliquen por aspectos multirraciales del mestizaje peruano, en que no podremos detenernos suficientemente durante el presente somero estudio.

Pero estos son matices y acentos locales dentro de un vasto fresco de conjunto, fresco o sinfonía que abarca en su integridad a Iberoamérica. Podría también decir epopeya, porque así fue cantada con múltiples acentos por un gran poeta peruano de principios de este siglo, José Santos Chocano. La suya es una epopeya escrita con trozos líricos. Lo esencial de su obra se encuentra en el libro titulado *Alma América*, que no por el desfavor de la moda deja de ser una obra formidable.

Permítaseme a esta altura cierta digresión. Puede observarse a propósito de España que desde nuestro punto de vista una nación perdura en su identidad a lo largo de varias generaciones de sí misma, lo que equivale a decir que la historia es un permanecer a través de muchas mutaciones. Este criterio obviamente vale también para el Perú. El virreinato del Perú es una nueva generación del Perú prehispánico, lo cual no implica necesariamente regeneración, sino cambio. Es claro que este cambio se hizo violentísimo en la conquista, la cual es un punto de ruptura en la historia generacional del Perú. De otro lado, el virreinato con sus tres audiencias iniciales, las de Lima, Quito y Charcas, abarca la misma extensión que tenía el antiguo Incario. Estas y otras razones nos hacen pensar que el Perú nunca fue una colonia; fue un reino conquistado, lo cual como quizá veremos, no es lo mismo. El término colonia sólo empezó a usarse en la administración virreinal bajo los Borbones y sus ministros afrancesados, nunca bajo los Austrias. El nombre, Perú, por lo demás, corresponde propiamente al Perú mestizo salido de la conquista, ya que no parece haber tenido un

uso general antes. El Perú pertenece a un subconjunto especial de países latinoamericanos, los de nombre indígena de la más vieja solera regada por el torbellino de la conquista. De paso, tenemos la sospecha de que el género masculino del nombre del Perú tiene mucho que ver con la psicología colectiva de nuestro país, pero este aserto reclama desarrollos en los que no podemos entrar ahora.

Dígame en todo caso que si la multitud peruana pudiera ser individualizada de alguna manera paradigmática o arquetípica en un ser humano de carne y hueso, ese personaje arquetipo, en lo que concierne al Perú naciente sería, sin duda, el Inca Garcilaso de la Vega, príncipe de sangre imperial, hijo de una ñusta, hija de Huayna Capac, español por su padre, quien fue uno de los primeros conquistadores. Garcilaso es un mestizo, bastardo para mayor precisión, aunque de noble cuna por ambos lados. La expectativa de una herencia paterna, y creo yo, la nostalgia del padre muerto le hacen viajar a España de donde nunca regresaría al Perú, a pesar de los servicios de armas que presta al rey en Italia y en España misma.

Fue política de la administración española alejar en lo posible a los indios nobles que pudieran tener alguna pretensión en la sucesión imperial, en lo cual vemos de nuevo el aspecto del reino conquistado que tuvo el Perú virreinal. En su resignación y en su nostalgia, Garcilaso ensaya las letras, y nos deja la prosa más tersa del Siglo de Oro. Luego de una traducción de los *Diálogos del Amor* de León el Hebreo, escribe la *Historia de las Guerras de la Florida* y, sobre todo, los *Comentarios Reales*, que es su magna obra sobre el Perú. Se ha dicho que Garcilaso pertenece al mundo de la utopía, que sus comentarios son una de las fuentes del mito del Buen Salvaje que tanta importancia tuvo en el siglo XVIII, hasta las novelas de Chateaubriand, y eso es cierto. Hay un elemento, platónico, utopista, en el autor mestizo, pero ese elemento no está desprovisto del contacto con la realidad. Garcilaso escribe sobre el pasado, pero en vista del futuro y, rehuendo la polémica, intenta por todos los medios suavizar el destino de su pueblo. José Durand Flores ha puesto en claro recientemente la relación entre la obra de Garcilaso y la de Fray Bartolomé de las Casas, que la pervade de manera inconfesada del uno al otro extremo. Esto confirma el parecer que ya se tenía que Garcilaso nunca pretendió ni escribir una obra polémica ni una historia crítica del pueblo incaico, sino ejercer una influencia duradera y benéfica en el ánimo de sus nuevos gobernantes. El elemento platónico bebido en Italia en los largos ocios del oficio de las armas, es puesto por Garcilaso al servicio de una causa superior, que es la misma a que sirven Huamán Poma de Ayala, Santa Cruz Pachacuti y todos los cronistas indios del Perú. En esta ocasión no podríamos menos que rendirles un homenaje, en especial al Inca, preclaro varón, muestra temprana de la valía del mestizaje en mi país.

La conquista propiamente dicha fue seguida por un proceso de asentamiento del poderío español que se caracterizó por la transformación profunda del país, no sólo por la presencia de las nuevas razas española y mestiza, y más tarde africana, sino por la incorporación de elementos culturales nuevos dentro de la propia población indígena aún a pesar de que hubiera quedado étnicamente intacta, ante el contagio de la raza blanca.

La conquista fue seguida, pues, de un proceso de aculturación sumamente intenso